

Medianoche en Euskadi

Angelus Novus' es el cuadro de Paul Klee que representa a un ángel con las alas desplegadas y el rostro vuelto hacia atrás, tiene la mirada desencajada por el horror y un viento huracanado lo impulsa hacia adelante. Para Benjamin, la esperanza radica en los cadáveres que el Ángel de la Historia deja atrás, de ahí que propusiera avanzar mirando al pasado. Horkheimer interpretaba la frase del Antiguo Testamento «No debes hacer para ti ninguna imagen de Dios», en el sentido de que «no puedes decir lo que es el absoluto bien, (...) podemos señalar el mal, pero no lo absolutamente correcto». Pues bien, en esta nueva etapa, el nacionalismo radical no solo no mira el horror causado sino que mantiene un programa fuerte de construcción nacional que excluye la pluralidad de metas.

Durante décadas el nacionalismo radical olvidó obligaciones civilizatorias básicas, declaró superfluos a determinados segmentos de la sociedad e impulsó dinámicas sociales de desprecio que dieron lugar a acciones que iban desde el insulto hasta el asesinato político. En Argentina el almirante Massera solía decir que «Dios ha decidido que tenemos la responsabilidad de diseñar el futuro». Aquí, esta responsabilidad se la atribuyó el nacionalismo radical, ayudado en muchas ocasiones por el entumecimiento moral del resto del nacionalismo.

Cuando el nacionalismo entra en el territorio de la violencia sus actitudes políticas se vuelven fascistas. Robert Paxton define el fascismo como «una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad (...) y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza, en que un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una colaboración incómoda pero eficaz con élites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin limitaciones éticas o legales objetivos de limpieza interna». Las ideas motoras del fascismo, son, por tanto, un sentimiento de crisis y decadencia del propio grupo contra la que no valen las soluciones tradicionales; la primacía del grupo; la creencia de que el propio grupo es una víctima o la necesidad de una integración más estrecha de una comunidad más pura, por el consentimiento o por la violencia.

Aunque, aquí, no ha habido un líder de masas que arrastrara a una clase media decadente, de modo que la situación no se ajustaría a una definición canónica de fascismo, empero, los objetivos y actitudes políticas del nacionalismo radical y su praxis violenta se inscriben en esa ideología. Aquí, el asesinato venía precedido por la información de una red de

IÑAKI UNZUETA

La reconciliación solo es posible con el reconocimiento sincero del daño causado



JOSE IBARROLA

chivatos que luego justificaban aludiendo al inveterado conflicto. En ocasiones, una masa señalaba a la víctima y pedía su ejecución: «ETA mátalos». Jóvenes infatuados de violencia arrasaban las calles y amedrentaban a los vecinos. De esa guisa, dos socialistas fueron asesinados en Portugalete y establecimientos de disidentes repetidamente asaltados. En el prontuario de la barbarie se sitúa también el linchamiento del ertzaina Susaeta, la destrucción de tumbas de asesinados y los insultos y amenazas a jueces, concejales y profesores.

El objetivo era la depuración del cuerpo nacional y en gran medida lo han conseguido. En las primeras décadas del siglo XX, el mapa electoral era un triángulo de monárquicos conservadores y liberales junto a carlistas e integristas; socialistas, comunistas y republicanos; y, finalmente, nacionalistas. Décadas después ese mapa ha cambiado, dando lugar a un in-

cremento del nacionalismo y a una figura de cuatro lados. Por ello, si bien ETA no ha conseguido todos sus objetivos, creo equivocado el diagnóstico de la victoria del constitucionalismo.

Asimismo, no hay un reconocimiento moral de las víctimas y perseveran en el negacionismo. Aunque no hay una «negación literal» de lo acontecido porque los muertos no se pueden ocultar, con distintos grados y matices justifican las acciones y las sitúan en un marco interpretativo distinto. Según la 'negación interpretativa', hay una pluralidad de víctimas consecuencia de una confrontación armada entre dos bandos. Sin embargo, exceptuado un periodo perfectamente delimitado de terrorismo anti-ETA y de violencia generada desde el Estado, aquí no ha habido ninguna respuesta a la violencia del nacionalismo radical, el constitucionalismo no ha activado dinámicas de desprecio, porque tampoco existe una comunidad enlazada por sentimientos nacionales que tenga como objetivo la eliminación del abertzalismo, sino tan sólo ciudadanos con derechos y obligaciones constitucionales.

El diputado Antigüedad, entrevistado por EL CORREO, decía que, «en los últimos años, ETA ha sido un error... Otra cosa es si me preguntas que dónde pongo el límite hacia atrás. Eso entra dentro de lo personal. Hubo un momento donde veía, no razones para cualquier atentado, pero sí para una confrontación armada. Los últimos atentados, el de Uribe, el de Isaías Carrasco, marcaron una inflexión muy importante. Ahora eso está todo superado». La respuesta de Antigüedad contiene dos tipos de negación: la interpretativa, según la cual la tortura a Ortega Lara o el asesinato de Miguel Ángel Blanco serían consecuencias de un conflicto; y la implicatoria, por la que justifica parte de lo ocurrido. Califica determinados asesinatos como errores, situando las acciones en un contexto instrumental que distancia y vuelve a cosificar a la víctima. Produce repugnancia el lenguaje objetivante que vela la acción del agresor y niega la identidad moral de algunas víctimas.

El reconocimiento implica una actitud realizativa que moviliza a la persona mediante el pensamiento, el sentimiento y la acción. Por ello, sería insuficiente una declaración formal e instrumental de reconocimiento. La reconciliación solo es posible con el reconocimiento sincero del daño causado y con el abandono de un proyecto que excluye la pluralidad de metas. La reconstrucción democrática de la sociedad vasca exige su desfascización. Cuando un gobierno nacionalista premie un ensayo de Joseba Arregi o cuando Gotzone Mora cruce sin amenazas los pasillos de la universidad, ahí podrían verse los atisbos de una sociedad decente.